

A través de la pesadumbre de haberla compartido, lo que en este libro se configura es la *sinrazón básica* de los sublevados; el error de haber militado al servicio de una causa que, en castellano, lo que verdaderamente pretendió fue perpetuar las injusticias sociales, las intolerables estructuras económicas y el aplastamiento de las libertades. Y la sinrazón advertida no podía dejar de abonar, en el libro, la *razón básica* de los que perdieron:

La experiencia y el recuerdo de la guerra misma habrá suscitado la autocrítica en más de uno [de los vencidos], al menos en el seno de su intimidad; pero cuando las razones profundas del vencido no han llegado a ser abolidas por la victoria del vencedor, más aún, cuando en tan buena parte han sido una y otra vez confirmadas o reforzadas, encuentro perfectamente lícita y comprensible la resistencia a revisiones muy expresas del pasado propio.<sup>3</sup>

Esas razones profundas del vencido son tan claras que Laín, católico fervoroso, no titubea en su comentario de la gestión social de la Iglesia española y de los mártires inmolados por su fe en la zona republicana —es decir, quizá los dos aspectos que más han magnificado los vencedores y en los que más se han apoyado para calificar su levantamiento de «Cruzada»—, al enunciar:

La obligación que la Iglesia española tuvo y sigue teniendo de preguntarse por las causas psicológicas, históricas y sociales de esa ferocidad contra ella por parte de un pueblo que había sido suyo.

Palabras discretas; pero no faltan otras más rotundas que explican cómo la Iglesia continuó en la postguerra el ejercicio de sus viejos errores. Me dispensaré de la larga cita; remito al lector a la página 289 de *Descargo...* Sí reproduciré en cambio, por evidenciar la sostenida lucidez de nuestro autor ante las hondas motivaciones y sinrazones de la guerra, lo que ha dicho, más recientemente, en *La guerra civil y las generaciones españolas* (Madrid, 1978):

El hábito psicosocial de la guerra civil se instauró entre nosotros cuando, a raíz de la guerra de la Independencia, el liberalismo comenzó a poner en peligro la instalación de la España tradicional en sus creencias y sus privilegios seculares; en las creencias y en los privilegios de *los titulares y beneficiarios de esa España*. (Subrayado mío.)

En resumen: ni a Laín se le puede situar en la derecha, ni su *Descargo...* es una simple confesión humanitaria. El libro describe un remordimiento, pero, en él apoyado, traza la evolución política de un español forzado a reconocer las equivocaciones de que partió y las razones de quienes perdieron. Y no se piense que, al seleccionar citas, he pretendido acercar el sentido del libro al de mi propio pensamiento político, por el sistema de entresacar lo poco que a ello pudiera ayudarme. Quien lea *Descargo...*

<sup>3</sup> Sin embargo, junto a otras no exentas de oportunismo, no han faltado algunas entre los vencidos que se deben considerar sinceras. Por la curiosa semejanza que ofrece con muchas de las palabras de Laín, citaré un solo ejemplo. En las «Conversaciones con R. J. Sender», de Marcelino C. Peñuelas (1969), se recogen estos asertos del novelista: «Durante la guerra civil todos éramos culpables de lo que estaba pasando, unos por acción, otros por omisión. Mi culpabilidad era por omisión. Yo no disparé la pistola una sola vez en toda la guerra, y no permití que cerca de mí se matara a nadie. Pero podría haber protestado más de lo que protesté. Me habrían echado del país o me habrían fusilado pero debía haber protestado más, porque yo sabía que sucedían cosas terribles. Entonces al final de la guerra me sentía culpable y sigo sintiéndome culpable. Supongo que a cada español con conciencia le pasa lo mismo en un lado y en otro.» (Citado en «El anarquismo en las obras de Sender», de Michiko Nonoyama. Madrid, 1979.)

encontrará sin trabajo muchas otras aserciones y revelaciones corroborantes de las escasas que aquí figuran. No le superpongo al libro ningún significado que en él no aparezca; sólo procuro que el lector distraído pare su atención en algunos de los más aleccionadores.

Por estos significados, a mi ver indudables, pero por barruntar que quizá no estarían lo bastante explícitos para el lector corriente a que me refiero, me aventuré a proponer a Laín, en el acto de presentación aludido al principio, el tema de algunas de sus posibles dudas en los comienzos del proceso ideológico que le llevara, desde el «derechismo» adolescente, al liberalismo de su madurez. Al hilo de la lectura había recordado yo que él y su hermano, no obstante convivir en hogareña armonía y compartir la misma educación, pronto difirieron en sus opiniones políticas; y, dado el carácter de juicio político que el libro poseía, echaba yo de menos en él algunas confidencias más detalladas respecto al ambiente familiar de sus años mozos. Concretamente, me interesaban las posibles vacilaciones de Laín, si las hubo, en los tempranos diálogos que debió de tener con su hermano. Torpe pregunta, a la que ya me he referido y por la que vuelvo a excusarme. He explicado anteriormente lo acertado que me parecía el recato del libro. Si las inconsistencias ideológicas de la juventud han sido en él lealmente reconocidas, las fraternales discusiones —si las hubiera habido— no tienen por qué aparecer en páginas tan pródigas de otros recuerdos. Ningún derecho tenemos a inquirir tales pormenores personales, y menos cuando, a pesar de sus opuestas militancias, él y su hermano mantuvieron, hasta la reciente muerte de éste, estrecha y cálida relación.

Algo me alivia recordar que mi pregunta, unida a otra de la que en seguida hablaré, no obligaba a explícita respuesta. Con bienhumorada melancolía recibió Pedro ambas y, sin extenderse en explicaciones que entonces habrían resultado inoportunas, vino a agregar noblemente la tristeza que le causaban a la general pesadumbre declarada en su libro. Breves fueron sus palabras; sobradas, sin embargo, para confirmar la calidad de extraordinario regalo al resto de los españoles que es *Descargo...* y la humanísima condición de su autor.

En mi propósito de destacar el verdadero sentido del libro, mi otra pregunta se apoyó en la tremenda frase de «Dios nos asista», el memorable artículo de Larra, donde se lee: «Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo». De hecho, la respuesta a la gran cuestión planteada por esas palabras parecía hallarse implícita en el libro. Mas yo pretendía dejar claro, ante los asistentes al acto, la necesidad de afrontar con decisión ese magno problema; y que quizá, por ello, la conclusión que se podía sacar de algunas de las consideraciones de Laín en *Descargo...* habría podido formularse de modo aún más expreso. Con su discreción, difícilmente habría podido incluir Pedro en su texto una frase similar a la de Larra; yo me creí obligado a citarla por entender que era una posible consecuencia de cuanto en el libro se nos relataba. Algunas de las citas anteriormente recogidas muéstranse cercanas a esa estremecedora declaración, que un escritor dolorido y genial tuvo el valor de hacer ciento cuarenta años antes. Pero, si bien en aquel acto Laín se abstuvo de glosar la frase por mí recordada, paréceme claro que él, de suscribirla, no lo haría al pie de la letra, si «estar por» determinados asesinatos se interpreta en el sentido de que se recomiendan o se aplauden. Y puede afirmarse sin dificultad que Larra tampoco recomendaría nin-

guno: sus palabras se insertaban en reflexiones históricas —de asombroso rigor en su tiempo— que hacían evidente la necesidad de ponderar en balanzas muy distintas los asesinatos de la reacción y los cometidos por un pueblo oprimido cuando se desborda. «Estar por» estos últimos fue la manera de expresar esa insoslayable diferencia. Pues bien, sin descontar lo inadmisibile de todo asesinato cometido en persona indefensa y sin olvidar el hediondo origen de tantos de ellos en inquinas personales, sentimientos de embriagada petulancia por disponer de la vida de otros o sadismos disfrazados tras la máscara de «ejecuciones políticas», no es lo mismo el estallido de un pueblo expoliado contra opresores que no le dejan otras vías de protesta, que el crimen del opresor contra el oprimido que osó pedir algo más de justicia: esto lo sabemos en España desde *Fuenteovejuna*. Y también sabemos, por ejemplo, que no es lo mismo matar a un despreciable confidente o a un torturador que a un pobre cura de misa y olla o a un inofensivo afiliado a un sindicato. Recusables e intolerables son todos esos crímenes y no se puede aprobar ninguno de ellos; menos aún, llegar al delirante disparate de que los crímenes de un bando —del que sea— se condenen por el otro como repugnantes salvajadas, al tiempo que se exaltan como hechos gloriosos o, al menos, como «necesaria severidad», las atrocidades del bando propio, en el caso de que no sean, simplemente, negadas. Hay algo que se llama la dignidad humana y que, por respeto a nuestra propia condición, nos veda todo atropello de víctimas indefensas. Quien no respete a un ser humano inerte se desprecia a sí mismo, aunque no tenga conciencia de ello. Y estamos obligados a recordarlo porque todavía hoy se oye llamar «patriotas» a unos asesinos y exaltar a la categoría de deber —en España y en el mundo— el atentado anónimo contra ciudadanos pacíficos. Nada diré de lo que al respecto puedan pensar ciertos sectarismos reaccionarios, porque no me atañe. Pero entiendo que, en la perspectiva política democrática, e incluso en la revolucionaria, la única manera de demostrar ya la grandeza de sus objetivos es la de imponer los medios y los hombres intachables que los honren y acrediten. En la paz, mientras ésta pueda preservarse; pero también, y aún más, en la confrontación armada, si las tensiones sociales vuelven, desgraciadamente, a hacerla inevitable. Y éstas son, entre muchas otras, algunas de las cosas que deben meditarse si queremos entender de veras lo sucedido en nuestra guerra civil y en nuestra postguerra; si queremos, por lo tanto, advertir lo que el espejo que es *Descargo...* nos enseña.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> La frase de Fígato y el artículo a que pertenece invalidan todo intento posterior de regresar a un humanismo atenido únicamente a la moral individual y desentendido de problemas colectivos. Sin embargo, esa moral «natural» es la que se invoca todavía cuando alguien, como Laín en su libro, muestra la magnitud de la cuestión. El pensamiento conservador ante «Descargo...», o bien procurará asimilar la obra a un humanitarismo apolítico para aceptarla, o bien la rechazará porque no es un libro de simple humanitarismo apolítico. Pero como este rechazo no proviene en realidad de ningún apoliticismo, sino de posiciones politizadas que se sienten molestas por la defección de un antiguo compañero, que la obra se atreva a condenar la política de los vencedores y a considerar las razones de los vencidos suscitará irritadas reacciones e injurias. Por su semejanza con otras por mí experimentadas, ruego nuevamente que se me tolere una declaración personal acerca de éstas: será la última. Comprendo que, por su extremada autorreferencia, podrá parecer impertinente; pero abstenerme de toda alusión a lo que voy a recordar parecería en cambio hipocresía. Si el libro de Laín, según mi criterio, es un espejo para todos, estoy en cierto modo obligado a reflejar aquí algo de la imagen de mi vida que diviso cuando en él me miro y a dar razón de penosas intimidades propias guardadas de ordinario. Vaya, pues, como mínima correspondencia inexcusable a las numerosas que Pedro nos ha brindado, mi dolorosa confidencia. El hecho es ya bastante conocido y hasta se ha consignado en libros; trascendió poco a poco y, en algunas ocasiones en que me lo preguntaron, creí que no debía mentir